

Blasco Ibáñez cuenta cómo escribió su novela *Sangre y arena*
(*El Imparcial* [Puerto Rico], 31-12-1921)

No soy un taurófilo. En efecto, siento hacia las corridas de toros la misma aversión que por las luchas en que se otorga un premio al vencedor, o por las carreras de caballos. Estos deportes, en sí mismos, son de una violencia brutal, y hacen factible el derramamiento de sangre. Abrigo la convicción de que a medida que avanza la civilización, la humanidad está sintiendo hacia esas diversiones la misma aversión que le está tomando a la guerra.

Pero lo que yo no comprendo es cómo un público que tolera el pugilismo, puede mostrar tal aversión por los toros. Desde el punto de vista español, la fiesta brava es la reflexión de esa ciega fatalidad que envuelve a todas las cosas en la tierra. El toro, que es una bestia salvaje, ataca a un hombre, y este se defiende. No podía suceder otra cosa. Lo que ocurre en la arena para la diversión de un populacho educado, podía también registrarse en un campo abierto. Tomando en consideración lo anterior, el *box*, por el contrario, se efectúa con toda sangre fría. Los dos combatientes son hombres, y por lo tanto no se dejan dominar por sus arrebatos y pasiones. Deliberadamente aceptan combatir por el dinero que perciban, y se atacan con más ímpetu para que los espectadores puedan hacer apuestas; apuestas que consisten en ver a cuál de los combatientes le serán primero rotas las quijadas.

Y esto me hace recordar que hay algo que decir en pro de las corridas de toros. En ellas no pueden efectuarse especulaciones. En este sentido, es un sport, «limpio». Las apuestas se desconocen en la plaza, y sería un necio el que apostara por un matador contra otro. De esto se deduce que si el taurófilo es un bárbaro, es igualmente un bárbaro desinteresado y su entusiasmo es un entusiasmo honrado. Va a la plaza en busca de emociones y no de dinero. Se sentiría ofendido si se sospechara que sus aplausos no eran desinteresados. Cuando en unión de otros muchos aficionados saca del circo en hombros a un matador, manifiesta una excitación que no le ha producido el pensamiento de ganar o perder. No se hace necesaria ninguna comisión de inspectores para evitar que los taurófilos sean engañados.

Las corridas de toros son un sport cruel, tan cruel como los juegos del circo romano, de los que desciende, conservando de ellos algo del gran esplendor y magnificencia. Estoy seguro que no existe en los Estados Unidos ningún «reformador» que no se impresione al contemplar una corrida de toros, cuando menos antes de que comience la fiesta. El anfiteatro, pletórico de una nerviosa concurrencia, es una encantadora mezcla de colores. Los

asientos donde predominan las mujeres; esas muchachas españolas de ojos negros, con mantillas y capas, y adornadas con flores, dan la apariencia de prados de un jardín viviente. Las bandas de música tocan sin cesar. Arriba se ve un cielo sin nubes, y cruzando el espacio pasan constantemente bandadas de blancas palomas que dan la impresión de carabelas, que se mueven a impulsos del viento. La fiesta empieza y creo que entonces cualquier persona impresionable haría bien en cerrar los ojos. ¡Oh, los caballos!

Para ser franco, diré que la impresión que siento al presenciar una corrida de toros, es la misma que reciben algunos americanos cuando presencian una lucha legal. Pero nada más que eso. No es el sentimiento de ingenuo horror que me han expresado algunos extranjeros respecto a nuestro sport nacional, y que me ha hecho levantarme en defensa de una costumbre bárbara española. Creo que todos nosotros podemos tolerar las barbaridades que estamos acostumbrados a ver. Los alaridos salvajes de una plebe española en una fiesta brava, es lo que queda en estos momentos de las multitudes romanas que llenaban el Coliseo en épocas remotas. Las imprecaciones y los puños amenazantes del público que concurre a las peleas americanas son un reflejo de las luchas de los gladiadores. Los que concurren a las carreras, sienten las mismas emociones que originaban «Los Verdes» o «Los Azules» que combatían por una recompensa en los circos de Bizancio. No dejemos pasar inadvertido este origen similar de nuestras debilidades que se diferencian muy relativamente. Si vamos a estigmatizar, hagámoslo en igual forma para todos,

Por mi parte he hecho algo de esto en *Sangre y arena*, donde hago notar en uno de los pasajes que la única persona decente en las corridas de toros, es el toro, aunque en esos momentos no me acordé de los pobres caballos que son destripados por el bicho.

Y no obstante, mi intención al escribir *Sangre y arena* no fue influenciar la opinión pública. Mi idea era únicamente la de un artista que trata de realizar una empresa. En los últimos años, la afición por la fiesta brava se ha desarrollado considerablemente en España, y decidí pintar en una novela las características de esta vieja costumbre de la vida española, antes de que perdiera por completo su aspecto histórico.

El hecho es que las corridas últimamente se han comercializado, y están siendo organizadas por fuertes compañías que invierten millones en ellas. Antiguamente las corridas de toros eran empresas que regentaban el gobierno nacional o los gobiernos locales, destinándose su producto a beneficio de los hospitales. Se efectuaban solamente los domingos y en el verano. En esos días, lidiaba algún torero mediocre que había sido desechado como «torero de invierno». Ahora estas fiestas se efectúan

durante la primavera y el otoño, los domingos y aun los días de trabajo. Finalmente se ha propuesto que se celebren durante la noche, bajo poderosos reflectores. Solamente se hace necesario un paso más para la completa evolución de este sport como una industria, y que subsista bajo las mismas condiciones que el teatro. Pero todavía tenemos que popularizar las corridas de toros en un local cerrado. Todo esto es el resultado natural de la comercialización del deporte, y como los organizadores quieren ganar lo más posible, tratan de efectuar el mayor número de corridas que pueden.

Las consecuencias palpables de esta circunstancia son dos. En primer lugar, la elevación de los precios de la carne de res, que se deja sentir en España. La demanda por toros de lidia de la mejor calidad, mayor que la de aquellos destinados al rastreo, ha hecho que los ganaderos vuelvan su atención a los primeros, que les producen pingües utilidades. En segundo lugar, los toreros constituyen un elemento más numeroso en la población.

Cuando era un niño, los toreros de quienes se hablaba en público eran poco más de doce, en tanto que solo dos habían sido consagrados por la afición; dioses rivales que tenían cada uno la mitad de la nación a sus pies; y esas dos facciones se hallaban listas para combatir hasta la muerte para ensalzar el mérito de su respectivo ídolo. Ahora, el número de toreros profesionales es muy grande. Hay miles de ellos, entre los que descuellan cinco o seis, contando cada uno de ciudad en ciudad, con un agente de publicidad y con todas las comodidades que pueden obtenerse cuando se es famoso. El carácter, edad, estado social y emolumentos del torero han cambiado considerablemente. En uno de los primeros viajes que hice a Madrid, en mi carácter de diputado al parlamento, trabé conocimiento con un matador que era entonces la primera figura de la tauromaquia, y por lo tanto era más cortejado que un primer ministro, produciéndose en las calles una gran aglomeración de gente cuando transitaba por ellas, lo que originaba una interrupción temporal del tráfico, cosa que solo habrá logrado el mismo rey. La circunstancia notable en este hombre era que había tenido éxito hasta la edad de treinta años y que ganaba \$1000 por torear una sola tarde.

Ahora, una de nuestras cinco más refulgentes luminarias cuenta dieciocho años y se dice que recibe \$5000 por cada corrida. Si un matador de la antigua escuela se convertía en millonario (naturalmente que en pesetas), en seguida se retiraba a una hacienda a disfrutar de su fortuna. Actualmente hay muchachos de veinte años que ya cuentan con algunos millones de pesetas, y esperan reunir diez o doce antes de retirarse de la arena. Juan Gallardo, el héroe de *Sangre y arena*, representa el tipo tradicional, más bien que el moderno, del torero. El antiguo torero era generalmente un hombre

del pueblo, lo más probable sin educación de ninguna especie, y de origen andaluz cuando no sevillano. Su profesión era, excepción hecha de la carrera eclesiástica, el único medio por el que un plebeyo podía elevarse de categoría social, después de haber obtenido una riqueza relativa. En efecto, la aristocracia invitaba a los toreros a sus fiestas y reía de su ignorancia, pero a pesar de todo, los consideraba socialmente como «personas interesantes». También con frecuencia ha habido relaciones amorosas entre los toreros y las muchachas de un mundo más elevado, como ocurrió con Gallardo y Doña Sol.

Ahora bien, en tanto que nuestros toreros surgen aún de entre los campesinos o de las clases trabajadoras, la profesión está siendo más y más frecuentemente adoptada por hombres de un nivel social ligeramente superior. El autor de esta reforma fue don Luis Mazzantini, que antes de ser torero era empleado en las oficinas ferrocarrileras del gobierno, pero que también sentía afición por la poesía y tocaba el piano o cantaba lo bastante bien para disfrutar de alguna popularidad en Madrid. Mazzantini fue el primer hombre en España que poseía y usó un traje de saco y pantalón antes de convertirse en torero. Al retirarse de la tauromaquia, se dedicó a la política, llegando a ser gobernador de una provincia. Pero en estos momentos figuran en abundancia entre las estrellas taurinas, intelectuales, bohemios y jóvenes de la clase media.

El ejemplo más interesante de esta última especie lo tenemos en Granero, muchacho que no cuenta más de dieciocho años, y es nativo de Valencia, donde lo conocí cuando era muy niño. Granero siempre se me figuró que sería fraile. Después se me informó que era estudiante en el Conservatorio valenciano de música, expresando sus profesores la opinión de que prometía como violinista. Durante la guerra perdí de vista al joven músico, y cuando regresé a España me sorprendió grandemente al saber que el famoso Granero no era otro que el muchacho que antaño conociera. Dos años han sido suficientes para transportarlo de la oscuridad a la fama. Su juventud, su valor, su destreza han hecho que sea admirado en tan grande escala por los aficionados al peligroso deporte. A cualquier lugar donde vaya a enfrentarse con los toros, Granero lleva su violín consigo, y en su hotel, descansa de las fatigas de la lidia tocando una selección de Beethoven o de Schumann. Cuando vi la comodidad y elegancia de su residencia, fácilmente comprendí la atracción que la tauromaquia ejerce sobre muchos de los jóvenes que, bajo otras circunstancias, se hubieran dedicado a la literatura, a la música o a la pintura. Este joven millonario se hubiera considerado favorecido por la fortuna al contar con el dinero suficiente para adquirir una comida, si se hubiera dedicado a violinista.

Para conseguir material para *Sangre y arena* tuve que vencer una verdadera antipatía hacia las corridas de toros. Esto no obstante, durante un año entero, viví en los círculos más íntimos del sport. Asistí a varias corridas en los cosos de Madrid, Sevilla y Valencia. Frecuenté los cafés donde los aspirantes a la profesión se reúnen, expresando sus ambiciones en un lenguaje verdaderamente pintoresco. Fui a Sevilla para trabar conocimiento con los principales maestros del arte, pasando muchas semanas en las hermosas residencias de los toreros retirados y de los ídolos del pueblo, los cuales reinan en esa ciudad como magnates de la antigüedad. Viví durante mucho tiempo en la casa de Antonio Fuentes, una estrella que se ha retirado de la profesión, y que se dedica a tomar notas del entrenamiento de un matador y enterarse de cómo un torero se conserva en buenas condiciones durante el invierno, cuando las corridas de toros se suspenden. En todo este tiempo me familiaricé con las costumbres del circo, las costumbres de la profesión, y las leyendas y supersticiones que predominan entre los toreros, los escrúpulos y los temores de los hombres que diariamente exponen su vida por el aplauso, el renombre y la riqueza.

Cuando creí que había obtenido un profundo conocimiento del deporte español, en todos sus aspectos, me dediqué a poner a prueba la exactitud de los informes que tenía. Empecé por «presenciar» las corridas de toros, sin verlas, instalándome detrás de las graderías donde no puede verse absolutamente nada, tratando de darme cuenta del curso de la fiesta por las exclamaciones, los aplausos, los silbidos, y especialmente el silencio de la concurrencia. De todas las maneras de ver una corrida de toros, creo que esta es la más emocionante e instructiva; y mi impresión de ella es descrita en uno de los últimos capítulos de *Sangre y arena*.

Este estudio de las corridas por medio del oído terminó un día cuando me estaba paseando por el patio al cual llegan los picadores con sus caballos agonizantes. Una de las pobres bestias, repentinamente, se encabritó, y me atacó furiosamente; y solamente me salvé por la presencia de ánimo y la habilidad de un picador que, con riesgo de su propia vida, me sacó rápidamente de entre las patas del animal. Este incidente me hizo darme cuenta, con gran satisfacción, de que por fin ya había tenido bastante.

En realidad, las corridas de toros españolas son el producto de la ocupación romana de la Península Ibérica. Los gobernadores imperiales de España descubrieron que el toro español, el antecesor de esos nobles animales que aún pastan en las praderas de Castilla y Andalucía, hacía innecesaria la importación de bestias salvajes de África, cuando se decidió dar circos a los íberos, siguiendo el conocido principio político de «pan y diversiones». Las primeras corridas de toros se efectuaron en los circos

romanos de Mérida y Tarragona, así como en otras de las principales ciudades de aquel tiempo.

Los hispano-árabes, que eran habilísimos jinetes, revivieron la tradición arrojando su cabalgadura contra nuestros toros salvajes. Los «Caballeros de Cristo» imitaron a los árabes en este peligroso deporte, en las cortes de los reyes de Castilla y Aragón. Viejas estampas muestran a los campesinos presentando sus capas al toro para colocarlo en el lugar propicio donde pueda alcanzarlo la lanza de su señor.

En la actualidad, la fiesta brava presenta un curioso cambio comparado con la forma primitiva del sport. El aristócrata jinete se ha convertido en el humilde picador, en tanto que el antiguo campesino de a pie ha venido a ser el célebre matador de nuestro tiempo.

En la antigüedad, las corridas de toros eran muy raras. Se efectuaban solamente en los aniversarios solemnes, cuando ocurría el nacimiento de un príncipe real o se efectuaba la canonización de un santo.

La preponderancia política de España durante los siglos XVI y XVII hizo que el deporte se popularizara en toda Europa. Así como muchos americanos llevaron el *base-ball* al Japón, los papas españoles llevaban las corridas de toros a Italia. Fueron muy notables las corridas que Alejandro IV, entonces Rodrigo Borgia, organizó en Roma, y su hijo, César Borgia, figuró entre los más valientes toreros, refiriéndose que cortaba la cabeza de un toro con un solo tajo de su espada.

Hasta aquí he estado refiriendo la historia del arte taurino como lo hacía en la escuela cuando me interrogaba el maestro. Pero me parece que en ella hay algunos errores. En efecto, en la exposición arqueológica que se efectúa en Madrid, he hecho algunas observaciones interesantes. Nuestros hombres de las cavernas acostumbraban grabar, de una manera muy imperfecta, pero realista, en las paredes de sus habitaciones subterráneas las diversas formas de sus actividades diarias. Y entre esas pinturas hay una que fue encontrada en las excavaciones que se hicieron en las costa oriental de España y que representa a una docena de hombres danzando graciosamente alrededor de un toro furioso. Lo que este descubrimiento indica, puede comprenderse solamente por aquellos que conocen la verdadera significación de la historia. Por fin se ha aclarado que la costumbre de torear es anterior no solamente a las corridas de toros, sino al reino español, al Imperio romano, y se remonta a la época de las pirámides, cuyo origen desconocido tratan de descubrir los hombres de ciencia.

Vicente Blasco Ibáñez